

pre sino un alma fosforescente, tan llena de luz por dentro que se le notaban los huesos..." (págs. 41-42); y, para colmo de males, aparece también un alemán que lleva un dirigible y un crisol al Cruce de los Vientos, el equivalente de Macondo en el libro.

Lo peor de todo, sin embargo, es que el autor del libro demuestra que conoce los recursos literarios, tiene gran imaginación y redacta bien. Si la literatura es forma, como decía Borges, si la literatura se reduce a tres o cuatro temas, lo importante es la manera de plantear los asuntos. En esto tendría que detenerse el autor de *Inventario de invierno*.

ANTONIO SILVERA ARENAS

De lo oral a lo escrito y viceversa

Tensión humana

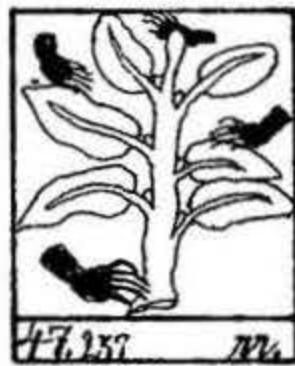
Jaime Riascos

Ediciones Palabrarte, Santafé de Bogotá, 1997, 162 págs.

Contar cuentos ha sido una costumbre tradicional en pueblos y campos de Colombia, como seguramente lo será en otras regiones del mundo, si es que mora en ellas la imaginación y el gusto por la vida, a pesar de tanto sufrimiento. Sin embargo, esta tradición poco a poco ha ido perdiendo su razón de ser en medio del bombardeo que los medios de comunicación y la tecnología colocan frente a las nuevas generaciones para entregarles una universalidad que rompe y niega las particularidades y desdibuja poco a poco el sentido de pertenencia a un lugar.

Yo recuerdo que mis padres nos contaban historias, casi siempre extraídas de las *Mil y una noches* o recogidas del entorno, donde navegaban seres atávicos y personajes que se convertían en paradigma de alegrías o dolores, miedos y ansiedades infantiles e impulsaban nuestra imaginación para convertir muros desconchados en castillos y vecinas mocosas en princesas. Esas his-

torias, lo pienso ahora, servían para formarnos para la vida en valores como la honradez, la rectitud y el respeto por nuestros semejantes. Incluso, papá escribió un cuento, *Ñita Beltrán* (Sergio Cálamo —Serafín Sánchez Vargas—, *El Bronce*, Neiva, núm. 23, agosto de 1970, págs. 57-58), en el cual se detiene en la manera como su personaje era contratada por mis abuelos para que les contara cuentos y así poder lograr, que el encantamiento y la magia de sus palabras los hiciera dormir. Entonces llegaba la tranquilidad al seno del hogar. Era como la televisión del momento. Los muchachos se distraían y cogían sueño mientras su padres se ocupaban de otros menesteres. Menesteres tan importantes como hacer el amor o tan prosaicos como reunirse para la sesión de chismes, otra manera, su manera, de contarse cuentos entre adultos y también distraerse.



Hoy hay un gran movimiento que pretende rescatar esa costumbre de encantamiento, al margen de los nuevos héroes y villanos que entre violencia y violencia inundan las pantallas de televisores y computadoras. Difícil competición. A la natural inclinación por la maldad en el hombre se le agrega el adobo cotidiano de la violencia que destella sin ningún pudor en las pantallas. Aunque no se trata de sustituir una por otros, sí ha de lograrse que subsistan ambas formas para beneficio del espíritu. Por eso es grato registrar cómo en muchos centros culturales, plazas y lugares públicos del país, un grupo de contadores de cuentos reviven con periodicidad esa oralidad perdida.

El movimiento comienza con estimular personas de los pueblos para que se abran a otros públicos, que no sea sólo el de su entorno familiar, y relaten

sus historias. Más adelante, en el desarrollo de este rescate, hemos visto cómo algunos se han especializado, y no son ya las historias recogidas sino sus propias historias inventadas las que encantan a públicos diversos. Surgen así nuevos paradigmas, más acordes con los nuevos tiempos, y renovados mohanes o patasolas, héroes o villanos, que comienzan a deambular por la imaginación ensimismada de los oyentes.

Éste es el caso de Jaime Riascos, caleño (1962), quien ha llevado la narración oral de sus historias a España, Francia, México y Venezuela, y es miembro principal del Movimiento Colombiano de Cuenteros.

Pero a diferencia de los contadores tradicionales, que han acumulado con el tiempo relatos ya leídos o escuchados, él ha inventado, escrito y contado sus propias historias. El proceso es inverso, pues él las ha escrito, se las ha aprendido para contarlas y, luego de experimentarlas con grupos disímiles, enriqueciéndolas, las ha vertido de nuevo a la escritura para producir un libro, *Tensión humana*, que ahora nos ocupa, ajeno a la oralidad pero en una versión escrita de mucha calidad.

El "Érase que se era una vez un zapatero que tenía tres hijas", que tantos recuerdos acumula en la memoria, se cambia por "La primera vez que Jotica vio a la Mujer Sapo fue en su pueblo, rodeada de hombres sin agujeros y de señoras aterradas" (pág. 77). Es una entrada más directa, que ubica de inmediato al escucha, en este caso al lector, en el cuerpo del protagonista. A diferencia de muchos escritores, no se enreda en los esquemas de las *Mil y una noches* ni en los recursos a lo Walt Disney, aunque no escapa a la tendencia de personificar lo monstruoso, lo cruel, la conducta torcida, para lograr el efecto contrario, tan propio del destino moralista de la fábula.

Su lenguaje es claro y sencillo, despojado de grandilocuencia y sin transcripciones fonéticas, tan propias de la oralidad. Llenos de acción y de aventura, sus cuentos recobran la magia y el encantamiento. Veámoslo:

El escuadrón reaccionó: los ángeles defensores protegieron a los otros con el cuerpo; usaron las alas

para devolver las piedras y las musarañas que les arrojaban los engendros, y con sus brazaletes carbonados se encargaron de escudar al grupo de las flechas malditas que el Cazador de Ángeles disparaba con furor. [El responsable, pág. 68]

Y pensar que es un mundo de vampiros.

Entre el follaje observé, mientras las centellas aumentaban el número de teas, que en el ojo del remolino se estaba formando un islote de troncos, raíces y terrones inmensos, y que a él acudía cuanto animal podía nadar. Los truenos empujaban el aire con su onda sonora; el remolino se inmovilizó en su centro y trasladó su ira a los bordes, amenazando con arrancar de cuajo el árbol que me mantenía con vida. Cuando el islote estuvo compacto y poblado por los seres que habitan la selva, un relámpago bajó del cielo y se quedó suspendido entre el firmamento y la corriente. Enseguida se convirtió en un chorro de luz, recto y grueso, y de él brotó un ser que medía muchísimos metros y a pesar de ello no parecía un monstruo sino una belleza selvática. [Bomba verde, pág. 104]

El niño se deslizó hasta quedar ante Josefina, endulzó la voz y preguntó: "Reiníta, ¿tienes sed?". Los presentes vieron que el animal se infló como un globo; una señora gritó: "¡Cuidado!, ¡va a echar leche!", y la gente corrió hacia atrás exclamando que el líquido debía de ser peor que los orines del diablo. No obstante, la Reina vació de aire los pulmones, levantó las pestañas y fijó su mirada en el niño y únicamente en el niño. Él volvió a preguntarle si tenía sed, y ante el estupor de todo el pueblo Josefina entonó, sin dejar de mirar al niño y con voz de ave montuna, una melodía húmeda y lírica en una lengua que nadie comprendía. [La mujer sapo, pág. 80]

Los cuentos no tienen unidad temática. Van desde la personificación animal,

que desde los clásicos griegos diera lugar a sus encantadoras fábulas (léanse *Una historia de vampiros*, pág. 37; *El responsable*, pág. 57, y *La mujer sapo*, pág. 75), la realidad interior en contraste con la apabullante realidad exterior contemporánea (léanse *Contra la muerte*, pág. 9; *Voluntad póstuma*, pág. 25, y *La traición de un hombre*, pág. 135), las leyendas indígenas (*Bomba verde*, pág. 89) donde se castiga la modernidad como una voz de alerta que lanza la naturaleza, herida y enfrentada a la depredación humana, hasta el incomprendido mundo de la infancia (*Material didáctico*, pág. 111), donde, con gran sutileza, el autor desnuda, desde la perspectiva del niño, la incompreensión de los adultos.

Sobresalen en este volumen *La mujer sapo*, *Una historia de vampiros* y *Material didáctico*. Sobresalen a mi juicio, claro está, pues, como dicen tantos entendidos, uno nunca deja de ser niño. Estos cuentos me transportan y logran el encantamiento que, desde mi infancia, han ejercido la imaginación y la fantasía para hacerme sentir más humano.

Ojalá este libro cumpla su misión de volver a la oralidad, en el sentido de ser leído en escuelas y colegios, recordado y vuelto a contar para perpetuidad de nuestra cultura.

BENHUR SÁNCHEZ SUÁREZ

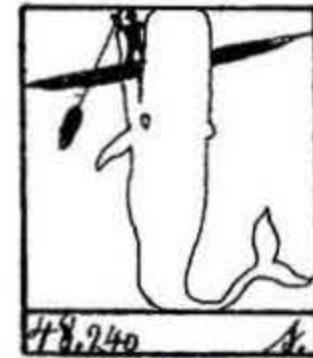
“Soy un provinciano y no tengo ni rodilleras ni incensarios”

Las cicatrices de don Antonio

Gustavo Álvarez Gardeazábal
Cooperativa Editorial Magisterio,
Colección Montaña Mágica, Santafé de
Bogotá, 1997, 101 págs.

Alguna vez me contaron que en un congreso de escritores, de los tantos que por ahí se celebran, un escritor de cierto renombre dio una conferencia que fue seguida por una serie de preguntas del público. Un espectador, en lugar de pre-

guntar, emprendió una diatriba de carácter personal contra el escritor, a quien tildó lo menos de inepto, renglón seguido rechazó su presencia ante tan digna asamblea como algo insultante para el prestigio de las letras, y pidió casi a gritos que el escritor tuviera la decencia de no volver a escribir en su vida.



Nuestro héroe, imperturbable, recibió la andanada con sangre fría y, una vez terminada la reprimenda, se limitó a mirar fijamente a su detractor, en tanto le decía con voz reposada:

— Ya te dije que te pago el lunes.

Ante lo cual la asamblea entera prorrumpió en una sonora carcajada, y el desconocido fue expulsado del recinto en medio de la burla de todos los presentes.

Pues bien: esta anécdota viene a cuento porque muestra muy bien de qué manera se hace la crítica en nuestro medio. De la crítica a la bravata no hay sino un paso, y es lo que ha ocurrido desde hace un cuarto de siglo con la obra de Álvarez Gardeazábal. ¿Qué por qué ha sido así? Si decimos que es porque el mismo escritor, hombre de agresión, agresor cuando no agredido (“Yo soy apenas un accidente al que no quisieron muchas personas y al que odiaron mucho más”), lo ha alimentado, daríamos una respuesta verdadera, pero parcial e incompleta.

Cuatro cosas breves quisiera anotar acerca de este brevísimo relato: en primer término, que se trata del Álvarez Gardeazábal de siempre, ni tan bueno como se autoproclama él mismo, ni tan malo como sus detractores —que se me antoja son más enemigos personales que otra cosa— lo insinúan. Pero no se trata de ser maniqueos. No es que sea bueno o malo. Es la misma violencia en los temas, trasladada un poco más